

Jeremías es llamado por Dios

(Jeremías 1: 4-10; 18-19)

Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí. Yo dije: «¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.»

Y me dijo Yahveh: No digas: «Soy un muchacho», pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte - oráculo de Yahveh -.

Entonces alargó Yahveh su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahveh: Mira que he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para pedir y derrocar, para reconstruir y plantar.

[...] pues, por mi parte, mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda esta tierra, así se trate de los reyes de Judá como de sus jefes, de sus sacerdotes o del pueblo de la tierra.

Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy yo - oráculo de Yahveh - para salvarte.»

Milagros varios

Las Muletas

Cuando don Gaudencio empieza las oraciones de sanación y liberación en Raudal, sigo tratando de entender lo que realiza para el ser humano dentro de la Iglesia. Recuerdo a un hombre de una estatura de un metro ochenta, físicamente robusto, difícil de mover, llegó en muletas, recuerdo que no podía caminar, cada paso que daba se apoyaba en ellas, sus pasos lentos, describían la gravedad del asunto, lo vi en la entrada y por su mismo problema le comenté si quería ocupar un lugar en las bancas a lo cual accedió de inmediato.

Le abrí paso, se acomodó en compañía de su hijo, pero ese no fue el problema, al quererse sentar le costaba, sus piernas estaban tan delicadas que no las podía doblar. Observé sus piernas y pies, estaban hinchados, desconocía cual era el problema, pero como pudo, con mucha dificultad, se acomodó en la banca, don Gaudencio empezaba su recorrido, a cada paso de don Gaudencio, el amigo se estremecía, su preocupación y angustia, se notaban en su rostro, tal vez estoy equivocado, pero veía a don Gaudencio y él se estremecía, durante todo el recorrido por los extremos de las bancas, él lo buscaba con la mirada, pero por su pierna a veces lo perdía de vista, tal parece que se resignaba, cerraba sus ojos y lo buscaba con el corazón, como si él, supiera donde se encontraba y don Gaudencio también lo buscaba, nuestro amigo se empezó a relajar, poco a poco, y esto era el principio, todavía faltaba que pasara por el pasillo principal.

Cuando nuestro amigo lo vio de frente, su mirada profunda empezó a moverse con desesperación, como si quisiera correr a abrazarlo y mientras don Gaudencio avanzaba y él, como niño inquieto. Recuerdo que su hijo le preguntó: —¿cómo se sentía? pero el jamás lo miró, no le quitaba la vista a don Gaudencio, cada vez avanzaba más y poco a poco llegaba a su lugar, nuestro amigo respiraba cada vez más acelerado, como si le faltara el aire, no podía mantener una respiración moderada, sus manos no tenían tranquilidad, como si no las pudiera controlar, llegó el momento esperado, lo vio frente a él, de un salto repentino, se sostuvo con sus muletas, creo que ni él mismo lo esperaba, don Gaudencio con una mirada le dijo mil palabras, él entendió su mensaje, al querer avanzar para saludarlo, su cuerpo corpulento no lo dejó y para colmo, las muletas estorbaron su caminar, pero ese hombre de fe y esperanza que conocemos hizo lo imposible; el amigo no tuvo más remedio que aventar las muletas y caminar, de momento lo pensó, su cara demostraba un gran dolor al querer avanzar, pero Dios le tenía un regalo maravilloso, empezó a caminar, cuando reaccionó ya estaba abrazando a aquel hombre capaz de transformar cada una de nuestras vidas.

El Bastón

Todos buscamos sanar. Algunos agradecen a Dios, con toda su alma y se quedan para servir, pero, otros no regresan jamás. Cierta ocasión platicaba con un amigo, comentaba de lo delicado de salud que se encontraba su hermano, que

trabajaba de profesor y estaba suspendido de sus dos plazas, no recuerdo el motivo, su hermano le ayudaba a veces con unos centavos y otras veces con un poco de mercancía, solo sacaba para comer y seguido no pagaba la mercancía, pero mi amigo decía: —es mi hermano, le tengo que ayudar en lo poco que pueda.

En cierta ocasión, muy preocupado me dijo: —mi hermano no puede caminar bien, se apoya de un bastón, físicamente va de mal en peor, quiero me acompañes a Raudal a las oraciones de sanación y liberación de don Gaudencio, al ver la desesperación por ayudar a su hermano, accedí, pues con ello, encontraba una luz de esperanza para su hermano. Llegó el día, llegamos a las oraciones, su hermano entró con dificultad cada vez caminaba menos, el bastón le era inútil, le faltaban fuerzas hasta en sus manos, encontramos un lugar dentro de la iglesia, estuvo todo el tiempo con la cabeza baja, lloraba pero nunca dijo más.

Terminó la oración y le pregunté: —¿Cómo se sentía? Solo respondió: —un poco mejor. Pasaron los días y mi amigo no se comunicó conmigo nuevamente, pasaron quince días, dos viernes, más o menos, cuando recibo una llamada de él, diciendo que si los acompañaba nuevamente a Raudal con todo gusto accedí nuevamente y en esta ocasión ellos me esperaban fuera de la iglesia de Raudal, los saludé, lo vi mejor, diferente; caminaba mejor que la primera vez que lo conocí, eso me dio mucho gusto, nuevamente entramos buscamos un lugar, la madre Eva realizaba el rosario de la Sangre Preciosa, el tiempo pasó rápido, cuando reaccionamos, don Gaudencio pasaba ya entre la gente, mi amigo un poco nervioso porque su hermano, empezó a estirar los brazos, su preocupación era el bastón, la cosa se complicaba empezó hacer ejercicios con él, mientras don Gaudencio se acercaba cada vez más a él, de un salto, se paró y apoyado del bastón empezó a brincar, el hermano preocupado me decía: —¡creo está loco! la cosa se complicaba y en un descuido, aventó el bastón diciendo: —¡ya no me hace falta!

Seguía con sus ejercicios, de repente miró a don Gaudencio, le dijo a su hermano: —ahorita vengo, tengo tiempo todavía, se salió de la iglesia y al poco rato regresó con una botella vacía, comentó nuevamente: —la voy a llenar del garrafón que se encuentra en frente al lado del Santísimo. Su hermano preocupado le decía que se sentara, pero él decía: —no tengo nada ya. Fue por el agua y regresó a su lugar, se paró frente a don Gaudencio lo abrazo y él se calmó. Salimos de la iglesia todos contentos por lo sucedido. Salió caminando de la iglesia de Raudal. Nuestro amigo y su hermano jamás regresaron.

Indigente

Cada vez suceden hechos maravillosos. He tenido la fortuna de presenciar lo que hoy en día puedo llamar **milagros de Dios**. En cierta ocasión entró un indigente, nadie lo detuvo para entrar, al contrario lo invitaron a pasar, se fue a sentar en las bancas de enfrente, lo quiero describir y usted sabrá más adelante el motivo. Llevaba el pelo largo, olía mal, sus ropas sucias y rotas, descalzo. Pese a todo lo descrito se acomodó, alabó a Dios en todo momento y vivía con gran intensidad lo que sucedía dentro de la oración, rezó con todos, fue uno más, alababa, levantaba los brazos, seguía

las notas de las canciones, no le importó nada, fue a alabar al Señor de Señores como si supiera que lo estaba esperando.

Ese día fue especial. Terminó la oración de don Gaudencio y se retiró. Pasaron un promedio de tres viernes, todo quedaba olvidado; pero el siguiente viernes fue especial, dentro de la oración de sanación y liberación, don Gaudencio invita a la gente a dar su testimonio como cada viernes, con la intención de agradecer a Dios por las bendiciones recibidas. En eso, un joven bien vestido, impecable en su limpieza personal, dio su nombre y miro a don Gaudencio y agradecía a Dios y a él, aclarando que el indigente que hace varios viernes vino, era él, que aquí conoció a Dios y le dio otra oportunidad de vivir, agradeció a todos el apoyo recibido ese día porque él es otro hoy.